

—No, no, gritaron todos.

—Jurad entónces morir conmigo ó defenderme.

—Lo juramos, exclamaron.

—En ese caso, yo os prometo que haré los mayores sacrificios para conservar la paz, porque me duele en el alma tener que medir mis armas con mis hermanos.

Yo emplearé todos los medios para disuadir al capitán Pánfilo de Narvaez de su empeño; yo compartiré con él y con los españoles que le acompañan los triunfos que he conseguido.

Vosotros sereis generosos como yo, y les dareis parte tambien como yo, para que no se derrame sangre española.

Pero si desoyeran mis súplicas, si no atendieran mis razones, si queriendo obedecer á mi enemigo participando de su envidia, aguijoneados por las malas pasiones que le han movido á enviar contra nosotros ese ejército, si desoyendo la razon y la justicia, no tuviesen inconveniente en atacarnos, tambien os juro que nos encontrarán y que será difícil su victoria.

Estas entusiastas palabras dieron nuevo ánimo á los soldados de Hernan Cortés, quienes acto continuo pidieron á su jefe que les llevase cuanto antes á luchar.

Retiróse satisfecho el caudillo; pero no del todo, porque al pasar revista á sus soldados y á sus capitanes habia notado la ausencia de uno de éstos, y se habia despertado en su alma una gran sospecha.

## CAPITULO LXXII.

En el que verá el lector que Velazquez de Leon es uno de los mejores amigos de Hernan Cortés.



UAN Velazquez de Leon era el capitán que no habia acudido á la cita, que faltaba á su puesto.

Velazquez de Leon, pariente del gobernador de Cuba, que en varias ocasiones, durante los primeros dias de la expedicion habia intentado volverse atrás y habia tomado parte en las conjuraciones que habian fraguado los descontentos para desobedecer á Hernan Cortés, no podia faltar, á no cometer una traición.

Habia más tarde en Tlaxcala, en Cholula y en México dado pruebas á Hernan Cortés de que, admirando su valor y su estimacion en lo que valia su amistad, se hallaba resuelto á desatar los lazos que le ligaban con el gobernador de Cuba, para ser fiel á su jefe y compartir con él los peligros de la conquista y la gloria del triunfo.

No le habia ocultado Hernan Cortés desde el primer momento la llegada de Pánfilo de Narvaez con tropas para prenderle.

Como á todos, le habia dejado en libertad de ir á reunirse con sus perseguidores, y Velazquez de Leon le habia manifestado que por nada del mundo le abandonaría.

¿Cuál era el motivo de su ausencia.

Era de noche.

Todos los soldados se habian retirado á descansar.

Los capitanes se dirigian á las habitaciones para buscar el reposo, y Hernan Cortés permanecía en su estancia silencioso y pensativo, sin reparar siquiera en Ilbialbi, su fiel confidente que le observaba contemplándole con profundo pesar.

De pronto salió Hernan Cortés de su abstraccion.

Oyó ruido en la estancia en donde estaba, alzó los ojos del suelo y descubrió á Velazquez de Leon.

No pudo contener una exclamacion de sorpresa.

—¡Vos aquí! dijo.

—Yo, sí, contestó el capitan. ¿Habeis dudado de mí?

—¿Para qué negarlo? He dudado.

—En efecto; no os ha faltado razon para ello. No he estado en mi puesto; merezco castigo; pero confio en que cuando os refiera las causas que han motivado mi ausencia, me perdonareis y me concedereis el honor de estrechar vuestra mano.

—Hablad.

—Esta mañana recibí, por medio de un indio, aviso de que saliera al bosque inmediato para conferenciar con dos españoles que venian á verme de parte del capitan Pánfilo de Narvaez.

—¿Y acudisteis?

—Era natural que accediese á las súplicas de los enviados de Narvaez. La conferencia que he tenido con ellos me ha privado de ocupar mi puesto, un puesto que por nada del mundo abandonaré.

—¿Qué decís?

—Ved, añadió Velazquez, la carta que los emisarios han puesto en mis manos.

—Es inútil, decidme su contenido.

—Pánfilo de Narvaez me recuerda los lazos de parentesco que me unen con el gobernador de Cuba; cree que debo ponerme de su parte, y me asegura grandes conveniencias, grandes ventajas, si apartándome de vuestra causa, voy á ponerme á sus órdenes.

—¿Y vos?...

—Yo he cumplido como debia. He contestado que rechazaba sus ofrecimientos, y que por nada del mundo faltaria á la lealtad que os debo.

—¡Ah! Dadme vuestra mano, exclamó Cortés; sois un valiente, sois uno de mis mejores amigos.

—Creeis que merece excusa mi falta de hoy?

—No solo la merece, sino que deseo que me deis licencia para referir á todos nuestros compañeros la generosidad de vuestro corazon.

Pero no basta lo que habeis hecho. Es necesario que me probeis una vez más el afecto que sentís hácia mí.

—Dispuesto estoy á obedeceros.

—Yo no quiero la guerra. Nadie mejor que vos sabe que no he sido rebelde, que lo que he conquistado con el auxilio de mis capitanes y mis soldados, ha sido para ofrecérselo al rey nuestro señor.

Daria toda la gloria que pueda caberme por los triunfos obtenidos, con tal de evitar el combate á que me incita Pánfilo de Narvaez.

Id á verle; que os acompañe fray Bartolomé de Olmedo. Referid todo lo que ha sucedido; manifestadle los deseos que tengo de confraternizar con sus tropas; la resolucion que he tomado de no dejarme prender, y al mismo tiempo las pruebas de adhesion que todos estais dispuestos á darme, defendiéndome á costa de vuestra vida.

Por ser quien sois, os escuchará con agrado, acaso influireis para que no se derrame sangre.

Si tal sucede, me habeis dispensado uno de los más grandes favores que puedo esperar en el mundo.

—Siento en el alma que me confieis esa mision; pero no puedo negaros nada, y estoy resuelto á partir inmediatamente.

—Haced ese nuevo sacrificio por mí.

Al día siguiente Velazquez de Leon se puso en marcha con dos soldados de escolta, y partió en dirección á Zempoala.

Fray Bartolomé de Olmedo salió poco después para seguir el mismo camino.

Velazquez de Leon se hizo anunciar por los primeros centinelas que halló en Zempoala, y apenas supo Pánfilo de Narvaez su llegada, creyendo que había mudado de parecer y que accedía á sus deseos, salió en persona á recibirle; y tendiéndole la mano y abriéndole los brazos, le mostró la alegría que experimentaba por atraerle á su partido.

Velazquez de Leon correspondió á aquellos agasajos, y juntos llegaron á la morada que ocupaba Narvaez.

Su primera conferencia desanimó por completo al perseguidor de Hernan Cortés.

—No vengo á ofreceros mis servicios, dijo Velazquez de Leon. No acudo á vuestro llamamiento; vengo á traer os un mensaje de parte de Hernan Cortés, porque ha creído, y yo también, que me escucharíais con más benevolencia que á cualquier otro.

No le ocultó la resolución que todos tenían de defender á su caudillo, que tantas muestras de valor había dado.

Narvaez se indignó contra el mensajero, recordándole que faltaba á los deberes que le imponían los lazos del parentesco que tenía con Diego de Velazquez.

—Para que os convenzais, le dijo, de que es inútil la profecía de Hernan Cortés, y de que mal que le pese será mi prisionero y seguirán su suerte todos los que le acompañen, quiero antes de saber vuestra resolución definitiva mostraros las fuerzas de que dispongo, y daros una idea del espíritu que domina á los capitanes que las mandan.

Al efecto ordenó que se formasen todos sus soldados, y accediendo á los ruegos de algunos de los capitanes que más de-

seos tenía de obedecer las órdenes del gobernador de Cuba, después de hacer aquel alarde de fuerza delante de Velazquez de Leon, para agasajarle y obtener más fácilmente que se fuese á su banda, dispuso una gran cena, á la que convidó á todos los capitanes para que festejasen al huésped.



cuantas utias y tres ó cuatro clases de pescados, sacaron dos toneles, y al anochecer, con doce mesas de campaña reunidas, formaron una digua de un festin europeo.

Más de veinte personas se sentaron para tomar parte en el banquete.

Entre los circunstantes se hallaba el clérigo Guevara, Leira, Andrés del Duero y el capitán Salvatierra; la conversacion giró sobre los peligros que habian corrido y los triunfos que habian alcanzado los españoles.

Todos procuraron callar el nombre de Hernan Cortés; pero la curiosidad que sentian los recién llegados les impulsaba á hacer preguntas.

Velazquez de Leon contestaba á todos, dejando admirados á sus oyentes.

El clérigo Guevara apoyaba sus proposiciones, y Narvaez no tenia más remedio que proponer á sus comensales que bebiesen para distraerlos.

—Pues señor, dijo de pronto Salvatierra, que habia empinado el codo muchas veces, es necesario que vayamos á México, y digo que es necesario, porque allí está el objeto de nuestro viaje y podemos matar dos pájaros de una pedrada: apoderarnos de Hernan Cortés, y conquistar del todo ese maravilloso imperio.

—En primer lugar, se apresuró á responder Velazquez de Leon, Hernan Cortés no está en México.

—¿Cómo que no? exclamaron todos.

—¿Os figurais que sabiendo vuestra llegada y el objeto de vuestro viaje iba á permanecer allí esperándoos?

—¿Se ha puesto en fuga? exclamó Leira.

—Eso no, contestó Velazquez; ultrajais á Hernan Cortés suponiéndole capaz de semejante cobardía. Ha salido de México, pero para acercarse á vosotros.

—La vanidad le ciega.

—Si le acompañan sus soldados, adios conquista.

—No le acompañan todos; porque ha dejado allí unos pocos, los suficientes para mantener sometido, con el recuerdo de su prestigio, á la corona de España el imperio de México.

—Exagerais, Velazquez de Leon, dijo Narvaez.

—No exagero.

—¿Tan sobrenatural es ese hombre?

—No es mi ánimo ofender á nadie con odiosas comparaciones: es el único hombre que conozco capaz de conquistar á México.

Estas palabras, pronunciadas con verdadero entusiasmo, fueron saludadas por los comensales de Narvaez con estrepitosas carcajadas.

—Estoy resuelto á sostener de todos modos y en todas partes lo que digo, exclamó Velazquez de Leon, levantándose.

—Calmaos, continuó Narvaez; yo quiero suponer que la pasión no os ciega; ¿pero no os incita la misma grandeza del héroe á castigar su rebeldía?

¿No es más glorioso luchar con un gigante que con un pigmeo?

¿A un hombre débil, á un ambicioso vulgar, podriamos despreciarle ó abandonarle á su suerte movidos de piedad; pero consentir á ninguno que pacte con Cortés una paz, que en vista de sus proezas podria calificarse en nosotros de cobardía, de pusilanimidad?...

—¡No! ¡No! gritaron todos los circunstantes.

—Ya veis, amigo Velazquez, que el deber, por hallaros emparentado con don Diego de Velazquez, y el pundonor, os aconsejan que os pongais de nuestra parte.

—Eso nunca.

—Ya veis que todos los capitanes que se hallan á mis órdenes están dispuestos á no retroceder por nada del mundo; que he traído gran número de soldados, que vienen de refresco; en tanto que los vuestros están cansados y divididos, para poder conservar los territorios ganados.

Puede apostarse ciento contra uno por nosotros; reflexionad

la pena que ocasionareis á vuestro tío si abandonais su causa; reflexionad que á la desesperada no os aguarda más que una muerte oscura; reflexionad, en fin, que el que hoy os ruega como amigo, mañana tendrá que ser vuestro inexorable adversario.

Oid la voz de todos nosotros, que os pedimos con los brazos abiertos, para recibiros, que abandoneis á ese aventurero, que no puede ofreceros más que oprobio.

—¡Abandonad á ese miserable!

—Que se vea solo, y perezca como un malvado.

—Sí, sí, muera Hernan Cortés.

Estas voces acompañaron á las palabras que pronunció Pánfilo de Narvaez.

Velazquez de Leon, ciego de ira, levantándose con actitud amenazadora:

—Basta, exclamó; no puedo tolerar que en mi presencia se ultraje de ese modo á Hernan Cortés.

No hay entre todos los presentes uno solo que merezca la honra de nombrarle siquiera.

Resuelto estoy á sostener en todas partes mis palabras. Pero como no está bien que el que se ve favorecido provoque á sus favorecedores, reprimo la indignacion que siente mi alma, y os pido encarecidamente que terminemos este asunto.

La energía con que pronunció estas palabras hizo enmudecer á todos.

Pero mal avenido con el silencio Leiva, ántes de que volviese á sentarse Velazquez de Leon:

—Digo, exclamó, que no puede tener sangre de Velazquez, ó si la tiene, la tiene indignamente quien apadrina con tanto empeño la causa de un traidor.

Esta provocacion no podia quedar sin correctivo.

—Mentís como un villano, exclamó; y si teneis valor para sostener semejante calumnia, olvidándoos ya de todas las con-

sideraciones de que os habeis hecho indigno, venid conmigo y os demostraré que llevo con mucha honra la sangre de los Velazquez, y que si hay alguno indigno de ella y de la consideracion de los hombres, sois vos.

Adelantóse Leiva, Velazquez de Leon le aguardó con la espada desenvainada, y no costó poco trabajo á los circunstantes sujetar á los combatientes para que no llegaran á cruzar los aceros y pusieran fin á la cena con suceso desagradable.

Llevándose Salvatierra y algunos otros á Leiva, Pánfilo de Narvaez quedó con Velazquez de Leon.

—He apurado las súplicas, le dijo: os he hecho entender el lenguaje de la razon; hasta me he atrevido á recordaros vuestro deber.

—¿Desoís mis ruegos y mis consejos? Sea en buen hora.

Podria deteneros como prisionero; pero entre gentes bien nacidas no se cometen semejantes atentados.

Voived en libertad adonde está vuestro amigo, y decidle que en vano desea paz.

Tengo órdenes terminantes, y las sabré cumplir.

Mi sola pena es que tambien os alcance á vos el rigor de la ley.

Intentó Velazquez ántes de partir buscar á Leiva para castigar su osadía.

Sus esfuerzos no tuvieron éxito, é instigado por fray Bartolomé de Olmedo, regresó adonde estaba Hernan Cortés.

El suceso que habia tenido lugar disgustó á la mayor parte de los capitanes, quienes acusaron á Pánfilo de Narvaez por no haber querido oír las proposiciones de paz que le hacia Hernan Cortés.

Hubo uno de ellos que se atrevió á decirle que á una persona de tanta autoridad como Hernan Cortés, debia tratársela con mayor atencion.

Miéntas de esta manera pensaban los capitanes, los soldados

no podían ménos de admirar las proezas que los compañeros de armas con quien iban á batirse habian ejecutado, y tambien alcanzó á ellos el prestigio de Hernan Cortés; tanto fué así, que ya con Sandoval se fueron ocho desertores de las filas de Pánfilo de Narvaez, y al marcharse Velazquez de Leon y el padre Olmedo los siguieron diez más, aunque á cierta distancia, para que no les impidieran la desercion.

Tales fueron las quejas de las tropas que capitaneaba Pánfilo de Narvaez que resolvió al fin enviar un emisario para excusar la falta de cortesía que habia cometido no queriendo escuchar las proposiciones de Hernan Cortés, y para suplicarle que las manifestara á su enviado.

El elegido para esta mision fué Andrés del Duero, secretario de Diego de Velazquez, y al mismo tiempo uno de los que ménos odio profesaban á Hernan Cortés.

## CAPITULO LXXIV.

### Los malos instintos.



En los pocos dias que habian trascurrido desde la llegada á Zempoala de Pánfilo de Narvaez, hasta el momento en que se vió obligado á enviar un emisario á Hernan Cortés, las circunstancias habian introducido una profunda alteracion en el modo de ser del generoso paladin de la felicidad de la esposa de Hernan Cortés.

A pesar de su distinguido linaje, no habia podido ni aun soñar que apénas llegase á Santiago de Cuba el gobernador de la isla le confiase el mando de un ejército numeroso y la mision de combatir á un hombre tan formidable.

La verdad era que habia trabajado mucho para conseguir este resultado.

Pero la condicion humana es tal, que cuando nos anima el deseo de obtener una cosa, ofrecemos por alcanzarla los mayores sacrificios, y cuando la obtenemos nos olvidamos fácilmente de las promesas hechas.

Iñigo, el oficioso servidor à quien ya conocen nuestros lectores, influyó poderosamente en el ánimo de Pánfilo de Narvaez, porque habia llegado á conocer sus flacos.

Si la influencia de su criado no hubiera sido tanta, habria bastado la del capitan Salvatierra para variar su modo de pensar.

Es necesario, se decian unos á otros, llevar á cabo la empresa que aquí nos ha traído.

Hernan Cortés tiene catequizado á su ejército; pero no importa.